

Desde su ladera...

(LO QUE DA LA MÍSTICA AL POETA)

Por FRANCISCO S. HIERRO

La filiación afectiva y la admiración estética, me han colocado ante San Juan de la Cruz. Ambos, admiración y afecto, me han obligado a seguirle paso a paso y me han regalado con muchas sorpresas. Le he sorprendido muchas veces estático. Una en Segovia. El marco ascético de una ventana conventual recorta el busto de Fr. Juan. Está de pies en la placidez de una noche de Agosto. Sus ojos, perdidos en la profunda lejanía de la noche. Al frente, el sueño de hadas del Alcázar flotando en el vapor de plata de la luna. «Su alma concibe en sí algo de la belleza del Amado». Son flechas de belleza con estela de amor, que se clavan, vibrando, en el corazón de Fr. Juan, que suspira:

Mas como perseveras
¡oh vida! no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes.

La estrofa es una pintura en relieve. Pintura escultural del XVI, en que las figuras salen del cuadro y nos llegan a los ojos con una mórbida sensación de tacto.

Dámaso Alonso ha estudiado la poesía de San Juan de la Cruz desde nuestra ladera, desde su dimensión humana, y ha visto una criatura idiomática, bellísima, única. Ha visto mucho, pero no lo bastante. Su puesto de observación estaba demasiado alejado. En veces sucesivas se acercó más y vio más cerca la llaga de la luz de su alma. El aire se clarificó, y a través, alargando sus manos en la oscuridad, tuvo contacto con el milagro, percibió el prodigio.

Nosotros seremos más audaces. No nos contentaremos con el estupor del prodigio. No nos sentaremos para la delectación, para el tranquilo reposo en nuestra ladera. Vadearemos el torrente que nos separa y experimentaremos la sorpresa de un mundo nuevo. Los rayos de su luz se quebrarán contra nosotros y nos iluminarán; tal vez nos deslumbren. Estamos en su ladera. En la región fronteriza entre Dios y las cosas. San Juan de la Cruz es el Príncipe de esta región. Está recibiendo luz de Dios para entregarnos después su mensaje, modelado en estrofas de prodigio.

Ha terminado la noche, que ha sido fatigosa huida de sí mismo. Ahora en la estrofa el reposo, el regusto remansado en perfume de «música callada»:

...y todos mis sentidos suspendía:
Quedeme y olvideme
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejeme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Es la estrofa de un alma enamorada, auténticamente enamorada, con el mejor Amor. Sus versos transflores siempre la intensidad, la tensión de su alma.

Es de la herida de su alma de donde nos llega lo mejor de su poesía. El sólo intenta la comunicación de su mundo interior. Y ese mundo nos da la maravilla. Esa brisa, que nos viene desde su poesía y nos purifica el alma, no pertenece a la técnica ni al arte, pertenece a la autenticidad de su profunda afectividad.

El arte y la técnica son nada para él. No las desconoce. Las estudió en Medina, en el Colegio de los Padres Jesuitas, y, en Salamanca, tuvo de profesor al mejor lírico español, si él no le hubiera superado. Fr. Luis, fué maestro de Fr. Juan en Salamanca. Pero, aunque no las ignore, ¡qué lejos está él de esas pequeñas preocupaciones del artífice del cincelador de estrofas! Su mensaje es nuevo, inédito, de una vitalidad desconocida, que se transfunde a la estrofa, que a veces no puede contenerla y pierde la regularidad del modelo.

En la «Llama» ha querido imitar una estrofa de Gar-

cilaso. Nos lo dice él mismo: «La compostura de estas lirás (las de la «Llama»), es como aquellas que en Boscán están vueltas a lo divino», que dicen:

La soledad siguiendo,
llorando mi fortuna...
me voy por los caminos que se ofrecen, etc.

Sin embargo, ¡qué diferencia entre ambas! La estrofa de Garcilaso, aunque el Santo diga Boscán, es sabido que, popular y comercialmente, se solían nombrar con el nombre de Boscán las Obras de Boscán y Garcilaso; la estrofa de Garcilaso es una estrofa de canción compleja y larga; estrofa de nada menos que de 13 versos. Fr. Juan se puso a imitarla. Llegó a la mitad. Tenía ya la maravilla de seis versos, en lo que estaba encerrado todo el primer ímpetu del sentimiento intenso y concentrado de su alma. Se detuvo un momento indeciso. Aquella estrofa larga, compleja, difusa, no valía para su mundo. ¿Qué hacer? Fr. Juan, con una despreocupación y serenidad turbadoras, «corta la sirma de la estrofa y se queda con la «frente» en la mano» y nos dona una estrofa única.

El «Pastorcico» y «Aunque es de noche», son otros dos magníficos ejemplos extrañamente inquietantes.

Otra nueva sorpresa. San Juan de la Cruz no acentúa casi nunca, mejor nunca, porque solo lo hace una o dos veces; no acentúa, como la poesía culta de su tiempo, en cuarta y octava. En sus versos siempre estará el acento en sexta sílaba. ¡Otra vez el predominio de lo interno, de su afectividad! «La única acentuación en sexta le da mayor rapidez, porque la rítmica imaginativa no necesita transponer más que una cumbre...», y precipita el cuasiemistiquio inicial, largo, ansioso de llegar a la cumbre de su ritmo, y comunica su velocidad a toda su musical sistema» (Dámaso Alonso. Poesía Española). Es la velocidad del ansia plasmada en su verso.

En su lenguaje predomina el símbolo. El significado siempre trasciende la expresión. El símbolo, que marca toda su obra, es el amor humano. Los amores humanos son el símbolo, nada más que el símbolo, del mensaje de San Juan de la Cruz. San Juan de la Cruz no nos puede decir su mundo, si no es a través del símbolo, porque el lenguaje, su instrumento, ha sido hecho para comunicar las cosas vulgares, pues lo vulgar llega hasta donde puede llegar nuestra razón. Para la filosofía ha pasado lo mismo, se han buscado términos precisos, pero oscuros, al no iniciado y a veces bárbaros; pero aquí se nos da la exactitud, no en la palabra, que es pobre y no puede contener tanta concentración, sino en el sentimiento que queda vibrando, revoloteando, sin encontrar reposo alrededor de la palabra. La imprecisión de un sentimiento, que tiene sus contornos difuminados en la emoción, nos da toda la exacta imprecisión de un estado de alma. Porque nos hace sentir.

Mundo ascético de San Juan de la Cruz

Fr. Juan pasea bajo las arcadas platerescas de la Universidad de Salamanca. Tiene 22 años reconcentrados y ascéticos, con la vaga melancolía de un sueño lírico en los ojos. Las imágenes se pliegan a su alma y la agitan con la voluptuosa delectación de bellezas, que se le presentan en formas concretas. El huye por medio de la teología, pero le sale al encuentro la maravilla del prodigio teológico, que le fascinaba.

«Librarse de su propia pasión y de su propia imaginación, era su problema y, hasta cierto punto, lo podía lograr por la teología. Pero al reflexionar profundamente, un parecido problema se producía: su intensa energía se veía absorbida por el trabajo de la mente. La suya era